

IMAGINARIOS DEL EXILIO EN LA NARRATIVA COLOMBIANA CONTEMPORÁNEA¹

LUZ MARY GIRALDO
UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Abstract – The Hispano-Mexican poets are the children of Spanish Republican exiles from the Civil War born in Spain and who arrived in their adopted country as children or adolescents. From their parents they inherited a love for a homeland which, however, they got to know little and which therefore they can imagine or dream more than remember. Often, they cannot feel either Spanish or Mexican, finding themselves in some sort of middle ground, *nepantla*. Their consciousness of exile, therefore, is no longer linked only to having abandoned Spain, their country, but becomes a way of being, it takes an existential meaning, thus characterizing their own identity.

Keywords: Colombian literature; diaspora and deterritorialization; exile and migrant literature; Jewish literature.

*Quien ya no tiene ninguna patria, halla en el
escribir su lugar de residencia.*
(T.W. Adorno, “Mínima moralía”, Trad.
Joaquín Chamorro 2004, p. 85).

1. Introducción

Desde diferentes disciplinas referidas a diáspora, desplazamiento y emigración son definidos como sinónimos de éxodo, exilio y destierro. Cualquiera de ellos está referido a un estado discontinuo de quien padece esta condición, pues supone “una grieta imposible de cicatrizar” (Said 2005, p. 179) que deja una profunda tristeza. Los distintos casos corresponden a pérdida y extrañeza y coinciden en el dolor por el desprendimiento. Igualmente, reflejan necesidad de búsqueda de un nuevo lugar o un nuevo modo de vida.

Son formas de desterritorialización asociadas a la idea de pérdida y fractura que reclaman reconstruirse en otras fronteras. De una u otra manera muestran conflicto frente a la identidad, el hogar perdido o la patria ausente y estar sometido a vagabundeo, peregrinación y profundo sentimiento de

¹ Este artículo tiene como punto de partida mi libro *En otro lugar. Migraciones y desplazamientos en la narrativa colombiana contemporánea* (2008).

pérdida. James Clifford relaciona el ir y venir del sujeto a una abigarrada mezcla de experiencias culturales que reflejan situaciones de ubicación humana constituidas tanto por el desplazamiento como por la inmovilidad (Clifford 1999, p. 12), mientras Edward W. Said lo reconoce como una “experiencia histórica” que revela “una realidad prohibida u olvidada” de algo que “se ha dejado atrás” (Clifford 1999, p. 38) y puede llorarse o aprovecharse “para obtener el juego de lentes distintos” (Clifford 1999, p. 42).

Desarraigo, exilio, emigración-inmigración constituyen una triple condición que frente a esa huida que define y expresa el sobresalto del sujeto migrante, su dramática tensión y hondo extrañamiento en el sentido cabal de la palabra: sentirse extraño, ajeno, expulsado, desterrado, confinado. Si Clifford se refiere a las prácticas de desplazamiento como “*constitutivas* de significados culturales, en lugar de ser su simple extensión o transferencia” (Clifford 1999, p. 13), Zigmunt Bauman considera que los individuos sujetos a esta situación “se convierten en extraños”, pues “no encajan en el mapa cognitivo, moral o estético del mundo: en uno de estos mapas, en dos o en ninguno de los tres” y “hacen de la experiencia de malestar la más dolorosa y la menos soportable” (Bauman 2001, p. 27).

En ese cambiar de lugar, reconoce Imre Kertész, el sujeto se somete a nuevos modos de representación de la realidad y a una “lengua huésped” o a solicitar “asilo a lenguas extranjeras” (Kertész 2007, p. 122), y a un “modo de pensar también de forma subalterna de nosotros mismos o, aún más, a no pensarnos a nosotros, sino a otro” (Kertész 2007, pp. 118-119). Quien es sujeto a esta experiencia no sólo se enfrenta a nuevos aprendizajes, sino al profundo temor de perder la identidad o los vínculos con las raíces y la propia historia, de ahí que apele a la memoria de los ancestros y busque reconstruir su pasado y su lugar o *habitus*² en el sitio que lo acoge o en el que intenta encontrar acogida.

Isaac Bashevis Singer recuerda la soledad y depresión sentidas al comienzo de su exilio en Estados Unidos, adonde emigró desde Polonia a causa de la Segunda Guerra Mundial, y refiriéndose a la violencia que generan las migraciones, reflexiona sobre el cataclismo y el deseo de igualdad en un mañana mejor diciendo: “estaba claro que después de la Primera Guerra Mundial llegaría una segunda, una tercera, una décima. Los rostros de la gente, en su inmensa mayoría, expresaban dureza, absoluto egocentrismo, indiferencia hacia todo lo desconocido y, bastante a menudo, estupidez. Si por un lado rezaban, por el otro mataban” (Singer 2002, p. 48).

² Pierre Bourdieu llama *habitus* a la pertenencia habitual, a esas prácticas que hacen de alguien vinculado y partícipe de un lugar, a una nación.

Desde otra perspectiva, Giuseppe Zarone se refiere a la “patria del exilio”, al retomar la tradición judeo-cristiana y acudir al episodio del Génesis que narra el mito de Caín “errante y fugitivo sobre la tierra después de la muerte del hermano”, para referirse a “un estado de exilio y de vacío”, “un nomadismo debido a la necesidad de huir de Dios que no se supera luego construyendo lugares, meras expresiones de un imposible deseo de estabilidad y normalidad” (Zarone 1993, p. 11). Relación que asociamos a la función del éxodo de Moisés con su pueblo en búsqueda de la tierra prometida: partir tras un lugar, buscarlo incansablemente, vagar sin patria, sin arraigo, en una suerte de *fatum* que llevaría a estar errantes sobre la tierra. En cada uno de ellos se vive la perspectiva de un sujeto migrante que en sus discursos y modos de representación produce unas categorías desde las cuales se pueden leer amplios e importantes segmentos de la realidad, como diría Cornejo Polar refiriéndose a la literatura latinoamericana.

Si en Latinoamérica se revisa la categoría de sujeto migrante, es necesario reconocer la heterogeneidad dialéctica que Cornejo Polar identifica en los análisis del mestizaje, destacando la condición cambiante de ese sujeto expuesto a hibridación y la homogenización de las culturas con las que ha entrado en contacto. Escindido entre dos culturas, está en franca tensión tanto con su discurso como con su posibilidad de ubicación, lo que se percibe en su enunciación narrativa. Al entretejer el aquí y el allá, el antes y el ahora, su mundo amalgama espacios y temporalidades que afectan su identidad y definición, lo que genera un discurso descentrado y asimétrico. Polar reconoce la consecuencia de estados de violencia y la expresión del vacío que ha generado la pérdida, lo que podría revelarse claramente en el discurso bipolar de ese sujeto migrante y en la retórica de la migración.

Las ficciones que tienen como hilo conductor esta temática, expresan catarsis frente a lo producido por unos seres humanos sobre otros, y desde la experiencia de sujetos migrantes³ y su alto grado de frustración y desamparo manifiesta evocación nostálgica del pasado frente al presente. El presente es la frustración y el pasado es la nostalgia por el paraíso perdido.

1.1. Sujetos migrantes

Durante el siglo XX, exilio y desplazamiento han generado en Colombia una literatura de resistencia o testimonio que ilustra problemas políticos y sociales internos o externos de diferentes momentos. Esta temática incluye

³ Aunque hoy se considera a los sujetos migrantes expresión de un mundo globalizado, en el que se habla de nuevas identidades en las que redundan conflictos de identificación tanto por la persistencia de suturas de identificación como por el cruce de fronteras, esto también puede reconocerse mucho antes. La diferencia sería, de pronto, más cultural y de época que emocional, como veremos adelante.

emigración, inmigración y transterración, y deviene del desplazamiento suscitado por ese largo proceso de insatisfacción social y política que tendría su comienzo en el tránsito del siglo XIX y al XX en la Guerra de los Mil días, se prolonga con variantes en la llamada Violencia partidista de medio siglo, y en el llamado Conflicto Armado de fines del siglo XX hasta el presente, refleja en los últimos lustros del siglo XX no sólo desplazamiento interno sino emigración o salida del país, así como inmigración procedente de otros países americanos. A estas pueden agregarse las inmigraciones de ciudadanos de Europa o Medio Oriente, que han llegado a nuestros países por los efectos de las guerras mundiales, persecución nazi, conflictos políticos, sociales y económicos de sus respectivos territorios, y puede relacionarse además con aquella literatura que remite a pasado, particularmente la de los transterrados de la Conquista que ingresaron a Colombia, por ejemplo, lo que conllevó a pérdida de los orígenes, de la lengua, de los valores religiosos, y trajo como resultado exclusión, lo que hermana con el exiliado o el desplazado, y ha generado nuevas narrativas. Unas de estas narrativas es la de los inmigrantes judíos, ya desde los orígenes de sus mismos autores o desde narradores inquietos con el tema. De las primeras nos ocuparemos en este artículo.

José Luis Romero reconoce que en Latinoamérica la explosión urbana de comienzos del siglo XX se vio favorecida por la migración a las ciudades, con el desplazamiento de inmigrantes internos o externos que llegaron a coexistir en la sociedad tradicional. En sus primeras generaciones éstos fueron grupos marginales. Por una parte, estaban los provenientes del éxodo rural que arribaron a pequeñas, medianas o grandes ciudades, en busca de progreso y posibilidades laborales. Algunos se enrolaron en trabajos propios de la vida doméstica o empresarial. Por otra, los provenientes de otros países, entre quienes los de “visión para los negocios” se ubicaron en la industria, el comercio y las importaciones, adquiriendo, muchos de ellos, reconocida posición social y económica en la sociedad capitalista.

Al respecto, en el caso colombiano, Salomón Kalmanovitz sostiene que después de 1933 se dio una burguesía inmigrante considerable, abrumadora en Barranquilla y descollante en Bogotá, conformada “por grupos de inmigrantes libaneses, judíos –primero sefarditas y después de Europa central–, alemanes, italianos y españoles”, que primero se instalaron como mercaderes ambulantes y después como pequeños comerciantes y dueños de negocios de índole artesanal, “algunos de los cuales dieron el salto hacia la industria y fundaron fábricas de textiles y confecciones, grasa, industrias metalmeccánicas, alimentos, etc.” (Kalmanovitz 1988, p. 323). Éstos, que inicialmente llegaron sin recursos, acumularon suficiente capital para establecer diversos negocios y al consolidarse en la década de los cuarenta, con el auge de la posguerra surgieron como dueños de empresas manufactureras. Las condiciones de inestabilidad, la movilidad propia de los

emigrantes, las razones culturales y religiosas “que jerarquizan férreamente las ocupaciones y las personas”, se unen a la despersonalización de las relaciones humanas, mientras el espíritu de ahorro los hace “especialmente sensibles al medio y a las oportunidades de acumulación que arraiga en el individuo el capitalismo” (Kalmanovitz 1988, p. 325). A estos inmigrantes cabe agregar los sirio-libaneses que, con algunas costumbres semejantes y situaciones análogas, debieron abandonar sus países y buscar arraigo en tierras americanas, ubicándose en Colombia especialmente en los departamentos del norte, en el Caribe.

1.2. Narraciones del exilio. Migrantes judíos

Sin evadir la historia nacional sino más bien en una suerte de confrontación, algunos autores ofrecen ficciones narrativas en las que se destacan migraciones de polacos y alemanes, como *El rumor del astracán* (1991) de Azriel Bibliowicz, antecedida por los cuentos *Gentes de la Noria* (1945) de Salomón Brainsky; *El salmo de Kaplan* (2005) de Marco Swartz y *Los informantes* (2005) de Juan Gabriel Vásquez. Las obras que analizaremos ofrecen variantes: Bibliowicz refiere la llegada de judíos polacos a Bogotá y la construcción de un entorno con los de su propia cultura; Swartz y Vásquez recrean experiencias de judíos alemanes o polacos que al reconstruir el territorio abandonado tienen urgencia de olvidar las situaciones que los obligaron a buscar fortuna e identidad en otros lugares. No sobra reconocer la afirmación de Nora Eidelberg sobre algunos escritores extranjeros que viajaron a América, e inicialmente dejaron testimonio a las generaciones futuras, tanto judías como cristianas, de los comienzos de la comunidad judía en el Nuevo Mundo. Cabe aclarar que, en el caso de la inmigración de judíos a América latina, se presenta tanto desde el tema de la aventura como del de la búsqueda de fortuna, siguiendo los pasos de compatriotas que han alcanzado éxito y progreso social y económico.

1.2.1. Emigrar y estar de paso: el rumor del astracán

Desde el primer momento, la novela de Bibliowicz, descendiente de polacos judíos, explica la aventura de viaje en búsqueda de fortuna, pues no se trata de llegar a “la tierra prometida” ni a “la tierra santa”. Estructurada en secuencias, como un guion cinematográfico, narra el proceso de emigración de judíos polacos a Latinoamérica desde Szcuzin a Bogotá, pasando por Nueva York, Cuba y Barranquilla. Se emigra a sabiendas de que ésta será una experiencia pasajera, pues se trata de buscar oportunidades en un lugar donde existe la posibilidad de relacionarse con los de la misma cultura alrededor de motivos comunes como valores, principios y creencias. En este caso, como diría Said, estos son exiliados que saben “que en un mundo secular y

contingente los hogares son siempre provisionales”, y para ello se refugian en un exacerbado sentimiento de “solidaridad de grupo” (Said 2005, p. 192). Al llevar consigo sus raíces, alimentan de manera comunitaria la evocación de la tierra de los antepasados, y aunque disfruten el lugar que los alberga, afrontan “la nueva cultura con sus atractivos y tentaciones”, sin perder la lealtad “a la cultura traída del Viejo Mundo” (Eidelberg 2000, p. 140).

La vida de estos inmigrantes está sujeta al abandono de su territorio y a la nostalgia por el mundo dejado; depende de la conquista o la asimilación de costumbres, valores, estructuras y lengua del nuevo lugar. El inmigrante se aleja de sus raíces y a su vez conserva en la memoria tradiciones y sus valores, que en ocasiones mezcla deformando o fortaleciendo, contribuyendo a su vez a que sus hijos le canten a la tierra de sus antepasados, lo que afirma que sus vidas están cargadas de fuerzas emocionales que son muy poderosas. La voz narrativa y sus tracciones, destaca “el amor del mundo judío por la tierra que le alberga. Buscan en ellas una identidad, una pertenencia; siempre desean integrarse al país, pero conservando su judaísmo” (Bibliowicz 1991, p. 130).

El relato de *El rumor del astracán* sigue un itinerario en varias direcciones, a partir del viaje de Jacob y Saúl, asumido como una apuesta motivada por las historias de éxito de Abraham Silver, quien ha amasado fortuna y posición en Bogotá. Inicialmente se relacionará como un viaje de aventuras de un rabino andante, y se diferencia, en el caso de personas semejantes a David, en que para éstas Nueva York es “la tierra prometida”, Jerusalén la “tierra santa” y otras ciudades son lugares de paso, reconociendo, así, la condición del tipo de inmigrante propuesto por Azriel Bibliowicz.

Las peripecias de viaje de Europa a América y Colombia, el arribo al puerto de Barranquilla, las dificultades en las oficinas de la aduana y la llegada y ubicación en Bogotá permiten ver rasgos de la cultura a la que se arriba y reconocimiento de la época, pues destaca situaciones, condiciones y lugares que identifican su desarrollo urbanístico, arquitectónico, cultural y comercial de la ciudad. Por otra parte, se destacan las condiciones del inmigrante, su proceso de adaptación a la nueva realidad, el cruce y choque de mentalidades, las dificultades para adecuarse a un nuevo territorio, la violencia y la situación de algunos desplazados internos, la discriminación, el racismo y las razones de una sociedad que impone principios capitalistas en los que prima la sagacidad. La línea del relato se detiene en las características de la cultura y del pueblo judío, en sus convicciones religiosas, sus tradiciones y creencias, sus costumbres y hábitos festivos y alimenticios, lo que se destaca en la figura del personaje Jacob, quien sobresale por el respeto y la fidelidad a su fe y a sus convicciones. El aprendizaje y conocimiento de una nueva lengua, entreteje estratégicamente el valor del idioma sobre vínculos contraídos: se trata de un acto de amor.

El hilo conductor se logra a través de Ruth, quien viaja desde Szcuscyn a contraer matrimonio con Jacob. Es sugestiva la presentación del aprendizaje de la nueva lengua en el exilio, lo que se presenta no sólo desde la necesidad de comunicación sino desde la vivencia del amor y el desamor, el honor y la estigmatización. El relato empieza y termina con la muerte de Jacob, genera intriga sobre las causas de ésta en un accidente, situación que se retoma en los capítulos finales, en los que se reconoce el resultado de una ofensa a la integridad y la honestidad que implica a David, un trasgresor de las normas judías, contrabandista de pieles de astracán, patrón y amante de Ruth.

Leída como novela de aventuras, justamente por la búsqueda de nuevos territorios, en la tercera secuencia se establece la experiencia de viaje con la travesía que hará Jacob a “Sud América” que, según las Crónicas del Rabino Benjamín, son tierras inicialmente conocidas por éste (Bibliowicz 1991, p. 18). La travesía se inicia con la separación del propio país, que se supone transitoria y se liga al viaje trazando itinerarios: la llegada a Barranquilla en Puerto Colombia y la perplejidad ante los trámites aduaneros, el recorrido por el río Magdalena hasta tomar el tren que finalmente conduce a Bogotá a una estación con “aire vienés”, correspondiente a la llamada Estación de La Sabana. La ciudad recibe con ladrones callejeros que roban el equipaje, lo que le muestra al inmigrante su exposición a la inseguridad, a normas inesperadas (cortarse las barbas, por ejemplo) y a experiencias que resultan novedosas, entre otras oír en las calles a los voceadores de periódicos y a los vendedores de lotería. El primer encuentro con el territorio colombiano se revela sorprendente y agresivo, e implica un reconocimiento negativo de parte del inmigrante.

Por otro lado, viene la aventura de la sobrevivencia. En el caso de Jacob, vivir en el nuevo país exige aprender el idioma para el “teatro de las ventas”. Así se inicia en el comercio informal, que primero asume vendiendo imágenes de la Virgen en las iglesias y que luego afina con sagacidad como vendedor ambulante recorriendo calles y consiguiendo clientes de telas como paños, popelina, lanilla y otros objetos, con el peculiar sistema de venta a crédito y al regateo que se hace de casa en casa, o puerta a puerta. El país y Bogotá corresponden a unos rasgos definidos por el desarrollo del comercio y la sociedad capitalista, los sistemas de propaganda y divulgación, los avances en radio y comunicaciones, la vida cotidiana en el ambiente urbano, las habitaciones de los inmigrantes extranjeros y sus oficios y de sus análogos colombianos, los sitios de encuentro y de tránsito, la vida semanal y la festiva en el espacio público, las retretas musicales domingueras en los parques, así como elementos que muestran la génesis de la burguesía industrial muy en relación con la historia de las ciudades y las migraciones a Latinoamérica en la época que, por diversos datos, corresponde a la Segunda Guerra Mundial.

La confluencia del allá y el acá se logra no sólo relacionando la cultura judía y polaca con la colombiana sino con las de otros sujetos inscritos en una ficción entretejida, correspondiente a una radionovela de la época. Se trata de la serie de Chang Li Po, de reconocida acogida entonces, en la que un detective oriental esclarece casos delictivos. Bibliowicz aprovecha este intertexto como estrategia narrativa tanto para contextualizar como para indagar en la ficción policial, dada la carga de expectativas que su novela ofrece: por una parte, se busca aclarar la muerte de Jacob y por otra, mostrar el tráfico de pieles que realiza David.

Al referirse al ingreso de judíos polacos a América, Azriel Bibliowicz destaca el significado de un viaje de paso que confirma la vida del inmigrante cargada de fuerzas emocionales. La elección de América para vivir, particularmente Bogotá, es un proyecto concebido de manera transitoria, pues se trata de buscar los medios para regresar al lugar de origen, no sin antes pasar a Estados Unidos, donde existe una comunidad mayor de judíos. La muerte de Jacob y la degradación de Ruth por faltar a los valores de la cultura y la religión contribuyen de manera contundente a que el propósito no se logre.

En *El rumor del astracán*, como en *El salmo de Kaplan*, todo parece indicar que la tierra deseada es Nueva York y la tierra alcanzada es sólo un lugar que exige ser productivo, porque todo está por hacerse.

1.2.2. La retórica de la memoria: *El salmo de Kaplan*

Las líneas temáticas y narrativas son diferentes en *El salmo de Kaplan*, ganadora el Premio Norma de Novela en el 2005. En ésta, la vida de Jacobo Kaplan parece haber transcurrido durante largo tiempo sin mayores tropiezos. Casado durante sesenta años con Rebeca y perteneciente a una comunidad judía que toma asiento en algún lugar del Caribe, ha logrado construir una reconocida familia en la que hijos y nietos le revelan variación en las costumbres y los principios.

Desde un narrador que entra y sale del personaje, Marco Schwartz destaca los fantasmas de éste, inmigrante polaco que al final de su vida se ve afectado por fantasías que lo urgen hacer justicia a los antisemitas, al creer que ha encontrado la oportunidad de delatar a un jerarca nazi causante de muchos de los horrores cometidos contra los judíos, líder de una organización secreta de nombre Aurora descubierta en Suramérica, interesada en la reorganización del nazismo.

La novela insiste en el patriarca de costumbres y tradiciones arraigadas y deja entender su perplejidad frente al cambio de valores en su descendencia y en los amigos de comunidad, lo que señala como profunda descomposición: “los valores del respeto y la gratitud son cosa del pasado” (Schwartz 2005, p. 29), dice, reconociendo de manera crítica, que “la comunidad había caído

bajo el dominio de una generación de ricachones sin cultura ni sensibilidad, cuya máxima aspiración consistía en emular a la aristocracia criolla del Santa María Beach Club” (Schwartz 2005, p. 30).

El relato entretiene la tensión, primero en la presentación del personaje perplejo ante la decadencia de las costumbres en su comunidad y familia ya en tercera generación, y luego en su fortalecimiento con la posible existencia del individuo al que pretende desenmascarar. Bajo estas inquietudes, Jacobo emprende una aventura quijotesca y de carácter policial, acompañado del cabo Contreras, con el fin de sorprender a quien desestabiliza su presente, lo que le permite no sólo la búsqueda del antisemita y la elaboración toda una estrategia para lograrlo, sino de reconocer contrastes culturales y de clase frente a Contreras, su familia y su medio. Quijote y Sancho parecen reencontrarse en ese afán de defender unos valores, la cultura judía y sus principios y, además, hacer señalamientos por los horrores del holocausto.

Anclado a su tierra y a sus convicciones, el personaje es construido desde la vivencia de la crisis: así como oye voces interiores que lo ponen en estado de alerta, escucha permanentemente en onda corta La Voz de Israel en un programa en yiddish sobre el destino de los jerarcas nazis de la Segunda Guerra, lo que contribuye a dar atención a los recuerdos por largo tiempo clausurados. Se imponen especialmente aquellos de la infancia traumática por separaciones, rupturas y pérdidas, elementos y circunstancias que, sin duda alguna, contribuyen a generar en el anciano sus expectativas frente al misterioso personaje que lo regresa al tiempo dejado atrás y lo impele a convertirse en un “cazador de nazis”. En una confrontación entre realidades del pasado y del presente (la persecución nazi a mediados del siglo XX y el cerco ejercido contra antisemitas en años recientes), cuando en aras de la expurgación y la catarsis la historia pide cuentas a los causantes de tanto horror y dolor por los crímenes cometidos contra la humanidad, en la novela se aprovechan la inquietud y los tormentos del personaje, para convertirlo en foco narrativo. Así, por ejemplo, se destacan noticias sobre antisemitas que pertenecieron al gobierno nazi y después de la segunda Guerra Mundial se radicaron en Argentina, quienes en el presente del relato están expuestos a ser descubiertos por “cazadores” y a ser juzgados por importantes tribunales.

“Dueño de una mente fantasiosa, Kaplan llegó a creer en su niñez que el hecho de llamarse como el patriarca Jacob le reservaba un destino excepcional” (Schwartz 2005, p. 237), lo que en el presente narrativo y tal vez a causa de la demencia senil se relaciona con la espera de alguna revelación divina para resolver la búsqueda y encuentro de quien ha atentado contra los suyos:

mientras el viejo contemplaba extasiado el firmamento, anhelando en el fondo que su Dios lo sorprendiese con una revelación, su mente, desprovista de defensas, fue asaltada por una idea extraordinaria. Una idea que sólo podía

caber en la cabeza de un visionario o de una persona que ha perdido irremediablemente el juicio. (Schwartz 2005, p. 34)

Acompañado de textos del Antiguo Testamento y oraciones, mientras atiende las noticias que se convierten en “escudo contra las voces internas” y amuleto “contra las turbulencias del alma” (Schwartz 2005, p. 40), se prepara para ver realizado el destino de defender su fe y su cultura, convencido de haber sido elegido para “tan grande empresa”, “a pesar de ser un hombre simple y entrado en años que sólo entiende de telas” (Schwartz 2005, p. 38).

Muy próxima a *El rumor del astracán* en la presentación de los rituales y festejos vividos comunitariamente, incluyendo la lectura de la Cabalá, las celebraciones en la sinagoga, las comidas familiares, objetos como el candelabro de siete brazos, el uso de yiddish, las fiestas en el club, la urgencia de trabajar para producir, la convicción de que la descendencia masculina asegura la preservación de la tradición, que “judío es hijo de madre judía” (Schwartz 2005, p. 183) y que para ser un buen judío se necesitan “principios, valores, educación” (Schwartz 2005, p. 182), elementos que se destacan para identificar y definir la cultura judía y rasgos de su historia. De la misma manera, se reconocen las condiciones del exiliado en su búsqueda de oportunidades, como, por ejemplo, comparar la llegada de la comunidad y sus primeros momentos, cuando “no era más que una gavilla de inmigrantes desorientados” (Schwartz 2005, p. 15), cuando los ricos “que eran pocos y de fortuna verosímiles, se comportaban con modestia y estaban siempre prestos a auxiliar al correligionario en apuros sin hacerlo sentir un menesteroso” (Schwartz 2005, p. 29), frente a un presente donde no interesa más que acumular fortuna, “pues el dinero había avasallado las viejas virtudes; las había convertido en polvo y ceniza, como quedó Jerusalén tras el asalto de Nabucodonosor” (Schwartz 2005, p. 31).

La novela no vacila en aprovechar a su personaje para relatar el proceso de ubicación en América, que por determinados datos se reconoce en Barranquilla:

el muelle más largo que había visto en su vida, los latigazos inclementes del sol, la humedad sofocante que adhería como pegamento la ropa a la piel, la vocinglería ensordecedora del puerto, los estibadores negros y mulatos acarreado por el Terminal pesadas cajas y maletas. (Schwartz 2005, p. 28)

Entre la defensa de la cultura y las tradiciones judías, la peripecia policial para encontrar al nazi y la revisión del presente familiar y comunitario, una memoria rescatada del fondo de su ser recuerda los motivos del exilio en la orfandad y la guerra. Y en un regreso a la infancia, Jacobo niño reclama a su madre que a causa de su muerte quedó en el abandono y la pone al tanto de la nueva familia de su padre, de una guerra terrible en toda Europa, y le informa

que cuando ésta terminó se fue a vivir a Palestina y años más tarde a América: “Ya no estaban los turcos. Ahora estaban los ingleses” (Schwartz 2005, p. 238). Desde su urgencia de comunicación, también le informa a su madre lo que sucedió al salir de su país y lo llevó a huir de él para salvarse:

Hubo otra guerra, mucho peor que la primera. Fue horrible, mamá, más de seis millones de vidas murieron. Los encerraban como a ganado en campos de concentración, los asfixiaban con cámaras de gas, los quemaban en hornos. Creo que papá y su nueva familia murieron en esa guerra. Nunca más supe de ellos. [...] Yo vivo lejos, en una ciudad que se llama Santa María, en América. (Schwartz 2005, p. 238. Original en cursivas)

Evidentemente, lo vivido por Kaplan es causante de su presente: marcado desde el comienzo por sentimientos de soledad, violencia y abandono, provenientes primero de su condición de huérfano y luego por la huida y el exilio, no le queda más remedio que la locura o la muerte. La demencia le permite la construcción de una conjetura cuyo enigma se resuelve de manera adversa. Como sucede con el personaje Don Quijote, se interpreta que lo suyo sólo ha sido pérdida de lucidez. Hay que advertir, por el contrario, que se trata de la conciencia de la historia vivida en sus consecuencias, pues al imponerse en su memoria la violencia, las rupturas, los abandonos y el exilio, el pasado regresa y nuevamente vuelve a sangrar la herida que no cicatrizó.

Su experiencia es, como diría Said “la grieta imposible de cicatrizar [...] entre el yo verdadero y su verdadero hogar” (Said 2005, p. 179). No muy lejos está la historia de Sara Guterman uno de los personajes de *Los informantes*: lo olvidado regresa a la memoria y da la estocada final. Queda la palabra para exorcizar el dolor.

Las reflexiones sobre la palabra, la letra escrita y la lectura, son significativas. La palabra leída y escrita puede enaltecer al individuo: “La letra escrita es la mayor gracia que nos ha dado Dios después de nuestra propia existencia, porque es la escalera que nos permite elevarnos sobre los demás seres vivientes” (Schwartz 2005, p. 196). Es en la escritura y en la expresión artística donde se encuentra morada o la manera de residir e ir en vuelo: “es como un pájaro que cuando escapa de su jaula no hay quien lo detenga” (Schwartz 2005, p. 171).

1.2.3. Retórica del olvido y el ocultamiento: Los informantes

Juan Gabriel Vásquez ofrece encuentros y distanciamientos en *Los informantes*. También trata de alguien que llegó a Colombia después de la segunda Guerra Mundial. De la retórica del olvido y el ocultamiento se pasa a la retórica de la memoria. Olvidar para salvarse, para evitar el dolor. Entre la verdad, el enmascaramiento y la traición, se debate esta novela en la que se

exploran no sólo hechos políticos de la década de los cuarenta en Colombia y el mundo, sino vidas íntimas y situaciones privadas de familias y núcleos sociales. Un escritor, Gabriel Santoro, es causante del despertar de la memoria de Sara Guterman y de los que prefirieron olvidar.

Como en las novelas anteriores, pero desde otros ángulos, se recrean experiencias de inmigrantes judíos, en este caso de alemanes que necesitan dejar atrás el pasado para recomenzar y arraigarse en un país ajeno a su historia. Como con el anciano Kaplan, recordar es volver a vivir el dolor de la separación, pero en *Los informantes* el horror y las consecuencias de la persecución se ahondan, al mostrar esa urgencia de tener que perder la identidad, de dejar de ser quien se era y cambiar no sólo de lugar sino de nombre. El pasado queda en la oscuridad (orígenes, familia, apellidos), mientras en la travesía hacia el presente no regrese algo que amenace y desestabilice la frágil armonía construida.

Exclusión y miedo a recordar, a ser señalado, constituyen en esta novela formas de explorar la realidad y el dolor por el desprendimiento y el desarraigo. Se trata del olvido frente a la memoria, de evitar que se hagan públicas las cosas que muchos quieren olvidar (Vásquez 2005, p. 86), “todas las palabras que mucha gente tachó de sus diccionarios [...] cosas que la inmensa mayoría prefiere ver dormidas” (Vásquez 2005, p. 86).

La estructura es de dos historias paralelas que muestran anverso y reverso de una misma realidad. Por un lado, la historia de Sara Guterman, vinculada a la del padre del narrador (en la que existen secretos que Gabriel Santoro busca descubrir y que paulatinamente se van develando). Hay un relación-indagación que revela pormenores de Colombia en la época y en Alemania en los años previos a la Segunda Guerra Mundial. Desde el recurso de escritura autobiográfica y en la historia, la novela conduce a un libro de reportaje titulado *Una vida en el exilio*, escrito por el personaje narrador y negativamente comentado por su padre, en el que se aprovechan datos y personajes históricos. Allí se narra la llegada de Peter Guterman a Colombia, los vínculos con Eduardo Santos a quien Sara le sirve de intérprete y quien diligencia permisos para que los extranjeros puedan ejercer⁴. Peter, radicado en Duitama en una casa que inicialmente sirvió de vivienda y oficina, abre el “Hotel-Pensión Nueva Europa” a cuya inauguración asistió el presidente de la República, y en el que se alojaron políticos (Jorge Eliécer Gaitán y Miguel López Pumarejo, por ejemplo) y candidatos, extranjeros y otros visitantes

⁴ “Lo primero que hizo Peter Guterman al llegar a Duitama fue pintar la casa y construir un segundo piso. Primera frase. Los extranjeros no podían ejercer, sin previa autorización, oficios distintos a los que habían declarado al entrar al país. Una frase más. En el hotel pasaron cosas que destruyeron familias, que trastocaron vidas, que arruinaron destinos” (Vásquez 2005, p. 263. Cursivas en original).

(entre los que se recuerda a Lucas Caballero). Acogido por sus clientes y de moda en la época, se constituye en sitio privilegiado para que se hospedaban la mayoría de “criollos pretenciosos” y sintieran “la única oportunidad de ver el mundo” (Vásquez 2005, p. 47). El hotel se convierte en lugar que acoge extranjeros de todas partes, en esa Colombia “que no había sido nunca un país de inmigrantes, y en ese momento y en aquel lugar parecía serlo” (Vásquez 2005, p. 47).

La perspectiva de las personas o los lugares del pasado es otra al reencontrarlos en el presente. Refiriéndose al personaje Deresser o Enrique Piedrahita, por ejemplo, quien tiene que vivir enmascarado bajo otro nombre para salvarse, la voz narrativa pregunta:

¿Acaso los había engañado a todos, acaso había fingido irse de Bogotá y de Colombia cuando en realidad se había escondido y había permanecido en su escondite todos estos años? (Vásquez 2005, p. 250)

Desde esa retórica del ocultamiento sabe que ha de vivir como un camaleón en muchas partes y no imagina qué le hubiera gustado ser “antes de regresar de incógnito y comenzar a vivir como la criatura sin espalda, sin nacionalidad fija y de sangre mezclada a veces” (Vásquez 2005, p. 250). La sensación de fractura es clara:

Porque entonces, ¿qué eres? No eres de aquí, pero no eres tampoco de allá. Si te pasa algo malo, si alguien te hace algo, nadie te va a ayudar. No hay un estado que te defienda. (Vásquez 2005, p. 224)

En efecto, esto explica la urgencia de olvido ante una situación de emergencia que en el presente del relato dejaría identidades en conflicto o nuevas afirmaciones, lo que permite entender que los descendientes, los nietos, no conozcan la lengua de los antepasados, ni sigan sus conceptos básicos y sean gente que a pesar de sus apellidos no tengan “relación alguna con el otro país” (Vásquez 2005, p. 314), pues “nunca lo habían visitado ni pensaban hacerlo, y en algunos casos ni siquiera habían escuchado la lengua fuera de las interjecciones o los insultos de un abuelo rabioso” (Vásquez 2005, p. 314). La conciencia de identidad es fracturada, no solo entre el olvido y el presente, sino entre quien es y quien era, fisura que se percibe desde el nombre perdido frente al adoptado para no ser reconocido, evidente en esa nostalgia capaz de construir imaginarios del lugar abandonado y ante un posible regreso confirmar que el mundo anterior no es lo que dicen ni los recuerdos ni la imaginación.

Podría decirse con Said, que “ningún retorno al pasado carece de ironía ni de la sensación de que es imposible un retorno o repatriación absolutos” (Said 2005, p. 142). Cuando Sara cuenta que fue invitada con su padre e hijo

mayor por la comuna Emmerich, su pueblo natal, “para atender a esas ceremonias de expiación pública con que ciertas zonas de la política alemana intentaban en esa época lo que en vano intentamos todos y en todas las épocas: corregir equivocaciones, paliar el daño infligido [...], “era raro estar allá” (Vásquez 2005, p. 220) oyendo,

cómo se les llenaba la boca con la palabra *exiliado* y todos sus sinónimos, que en eso la lengua alemana es generosa, no nos faltan formas de llamar a los que se van. [...] No sé, a veces pienso que no sé bien para qué sirvió todo aquello, cuál era el afán de llamar a los de afuera y recordarles de donde eran. Como si los reclamaran, ¿no? Como una reivindicación absurda. (Vásquez 2005, pp. 220-221)

Ese regreso le da al personaje la oportunidad de entender que jamás volvería, que ya no es de allí, que echó raíces en otro lugar, aunque el recuerdo la conduzca a sus orígenes. Como si recogiera las diversas experiencias de alemanes o judíos de las ficciones anteriormente comentadas, reportaje y ficción hablan de distintos inmigrantes albergados en la Pensión Hotel y acogidos por el señor Guterman y su hija Sara:

los que llegaron a principios del siglo XX para buscar dinero, porque habían oído que en estos países suramericanos todo estaba por hacer; los que escaparon de la Gran Guerra, la mayoría alemanes que se habían desperdigado por el mundo tratando de ganarse la vida, porque en su país eso había dejado de ser posible; estaban los judíos. De manera que éste resultó ser un país de escapados. Y todo ese país perseguido había acabado por meterse en el Hotel Pensión Nueva Europa, como si se tratara de una verdadera Cámara de Representantes del mundo desplazado, un Museo Universal der *Auswanderer*, y a veces se sentía así en realidad, porque los huéspedes se reunían todas las tardes en el salón de abajo para oír, por la radio, las noticias de la guerra. (Vásquez 2005, p. 48)

Cuarenta y cinco años después de la guerra, Sara evoca el lugar querido por la gente y en el que, sin embargo, ocurrieron cosas horribles que arruinaron destinos y familias. Cosas de las que había “palabras hipotecadas” (Vásquez 2005, p. 50) que generan expectativa en el escritor e investigador Santoro y que sostienen esos secretos que empiezan salir y “no hay quien los pare” (Vásquez 2005, p. 263). Sara es la memoria exiliada que por más que “se hubiera esforzado, jamás habría podido explicar ese tránsito entre su propia infancia alemana y la que vivían sus nietos” (Vásquez 2005, p. 95), pero es sobre todo “una memoria que tiene prohibido decir que se acuerda” (Vásquez 2005, p. 138). Santero padre, es quien sabe de los primeros casos de delación y llega a ser conocido como tal en el momento en que su “vida quedó embargada” (Vásquez 2005, p. 81), “víctima de acusaciones injustas” (Vásquez 2005, p. 83), como muchos de los incluidos en esas listas negras de

control y mandato del Departamento de estado de los Estados Unidos que tuvieron “como objetivo bloquear los fondos del Eje en Latinoamérica” (Vásquez 2005, p. 229), y conducir a campos de concentración luego del “fideicomiso de los bienes” a los miles que “quedaron en la ruina más absoluta” (Vásquez 2005, p. 159).

Si *Los informantes* husmea en la historia para descifrar lo callado o las zonas oscuras, también apunta al conflicto de la identidad de los inmigrantes más allá de los individuos y sus interioridades. Y al afirmar que por línea materna la tradición se conserva, como se plantea en *El salmo de Kaplan*, en este caso corresponde a la lengua y la identidad alemana, a cada *Auslandsdeutsche*, lo que se ratifica en un diálogo entre dos personajes:

Uno no puede quedarse cruzado de brazos viendo la extinción de su pueblo. Todo el mundo sabe cómo funciona el ser humano. La madre es la que se encarga siempre de la educación del hijo, en gran medida de las costumbres, y es el idioma de la madre el que adopta el niño con más naturalidad. [...]. Nos roban nuestra propia sangre, señor, nos roban nuestra identidad. Cada alemán casado con colombiana es una línea perdida para el pueblo alemán. Sí, señor. Perdida para la *alemanidad*. (Vásquez 2005, p. 181)

Lo que en Sara es menos afirmativo, como vimos, pues no pertenece totalmente a un pueblo ni a otro. Ella es una sobreviviente que ha aceptado las convenciones lingüísticas que se le ofrecieron, como diría sobre el tema Imre Kertész, “la lengua huésped”. Es una extranjera asimilada que conoce el problema de la emigración y vive el exilio como su verdadero lugar.

En estas tres novelas de tradición judía, es evidente la marca de la Segunda Guerra Mundial, la necesidad de refugio o de encuentro de un lugar para vivir, la urgencia de preservar la cultura y la identidad y la tensión de la memoria y el olvido.

1.3. De migrantes sirio-libaneses

Con los sirios y libaneses se muestra otra forma de escisión y olvido, pues las formas de diáspora varían y el problema se diversifica en variantes que también permiten ver vagabundeo, sensación de vacío, exclusión, condición de tráfuga o necesidad de integrarse generar nuevas fundaciones de mundo. Como las anteriores, son obras escritas generalmente por descendientes de esas culturas y sociedades, como en el caso de *La Caída de los puntos cardinales* (2000), de Luis Fayad y *Desaparecido para siempre* (2005), de Fernando Iriarte. En ellas sus autores aprovechan como telón de fondo la historia de Medio Oriente y la trasladan al territorio colombiano en interesantes confrontaciones. Cada una ofrece dinámicas diferentes de la realidad colombiana y muestran puntos de encuentro en la poética de la

travesía, en el aprendizaje de la lengua española, “lengua huésped”, y en el valor que se da a la hospitalidad y a compartir la mesa y la palabra.

1.3.1. *La palabra y la cena milenaria. La caída de los puntos cardinales*

La travesía es reveladora de la transición de un lugar a otro, en quienes llegan a Colombia expulsados de su paraíso ancestral y deben establecer intercambios sociales y culturales. En la novela de Fayad, aprender otra lengua y costumbres se liga a la necesidad de comunicarse más allá del propio lenguaje e implica buscar una manera de desarrollar una economía informal desde el comercio puerta a puerta o pueblo a pueblo.

Si bien lo propio tiene su presencia y contribuye a la dinámica de la vida cotidiana, lo adquirido contribuye a esa necesidad de estar en relación, aunque existan momentos en los que hablar la propia lengua y reunirse con los de la misma cultura constituya una forma de regreso al origen cada vez más lejano. En *La caída de los puntos cardinales* los inmigrantes son libaneses: los hermanos Khalil llegan a Bogotá y Ahmar, Yanira, Muhamed a la costa Atlántica colombiana, cuando las ciudades eran casi comarcas y el país debatía la separación de Panamá y los sueños eran los de asimilarse a la aristocracia europea. Juan David Correa se refirió a la novela como “una parábola de lo que somos todos los seres humanos: una suma de pérdidas y ausencias. Una suma de viajes que terminan un día en cualquier calle”⁵.

El tiempo narrativo comienza en ese tránsito del siglo XIX al XX. En el artículo citado, el autor reconoce que Fayad aprovechó lo que conocía de las familias libanesas radicadas en Colombia y en otros países latinoamericanos, coincidiendo con lo que los lectores encuentran en las ficciones anteriormente relacionadas con el intento de eludir las inseguridades de su propio país, creadas por las luchas internas, por una economía en descenso y por una relación con los países poderosos que no siempre trae buenos resultados. “Ante estas circunstancias [continúa Correa], para cruzar partes enormes de tierra o mar no hay impedimento, no hay temor”.

La novela contextualiza en la historia de Colombia, desde y resulta una crónica que recorre cerca de medio siglo en Colombia, desde la Guerra de los Mil Días, la pérdida del Canal de Panamá, la masacre de las bananeras, el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y el “Bogotazo” y la caída de Gustavo Rojas Pinilla a fines de la década de los cincuenta, y muestra su evolución y modernización desde los sucesos y los medios de transporte en mula o

⁵ J.D. Correa (2001, p. 1 e).

navegando por el río Magdalena, y los viajes trasatlánticos como el de Charles Lindbergh de Nueva York a París.

Lo anterior se relaciona a las vidas de Jalil y Muhamed, Hassana y Hichan, Yanira y Dalmar, desde las cuales se recrea el paso del Líbano a América del Sur, las expectativas del viaje, la llegada y la ubicación en determinados territorios en los que buscaron un destino mejor, unos en Bogotá, otros en Barranquilla y otros a Chile. Como en las respectivas novelas de Bibliowicz y Schwartz, existe alguien que ya ha viajado a buscar fortuna, e incita a otros a cumplir un periplo semejante en un país donde todo individuo de Polonia, Siria o Líbano, es llamado *turco*, muchas veces de manera despectiva y excluyente, lo que significaría que “el extraño es detestable y temido del mismo modo que lo viscoso”, y que “la constitución de ‘viscosidad’, regula la constitución de indignantes extraños como personas ante las que hay que sentir indignación” (Bauman 2001, p. 39).

Los problemas de la identidad se manifiestan en la evocación de los personajes que representan la primera generación, y en la forma de establecerse preservando lo propio, como la palabra que se comparte con los de su lengua, pero especialmente la comida que se comparte no sólo entre amigos sino con los del nuevo territorio. En el caso de los que llegan a Colombia, se trata de reconocer que la historia es muy distinta a la de sus países, pero que por ser pueblos del mar los escenarios son semejantes.

Llegar es asimilarse y disponerse a aprender lo que ofrece el mundo nuevo, sin olvidar sus tradiciones, entre las que se destaca el deseo de enaltecer su identidad cultural a partir de la culinaria. En la tercera parte de la novela se muestra la asimilación del español como lengua, ya en esa segunda generación nacida en los países latinoamericanos, así como el fluido comportamiento en la vida social y cultural de la ciudad donde viven, lo que indica una suerte de “borrón y cuenta nueva” iniciado por las primeras generaciones que se instalaron lejos de su lugar ancestral. Rasgos que se conservan en el Caribe colombiano, pródigo en familias de cultura sirio-libanesa, cuya culinaria, oficios y sensibilidades muestran su raigambre.

La mesa y la palabra unen. Comer y hablar lo de los otros, masticar alimento y palabra es la costumbre milenaria de compartir la cultura de quien recibe y la que se arriba. “Sólo la palabra acerca a los hombres /a una mesa milenaria”, dice Jorge García Usta en uno de sus poemas de *El reino errante. Poemas de la migración y el mundo árabe*, lo que asociamos no sólo la conquista del lenguaje y de la mesa para comunicarse, sino a la noción de la casa del exilio posible en las representaciones artísticas, en nuestro caso en la ficción narrativa o poética.

1.3.2. Emigración y búsqueda: Nazim. Desaparecido para siempre

En el caso de la novela de Iriarte, *Nazim. Desaparecido para siempre*, la trama se desarrolla con estrategias de novela policial, pues aprovecha varias circunstancias que pueden serle cercanas a un lector enterado de ciertos asuntos que ha informado reiteradamente la prensa nacional: en este caso, la desaparición de alguien en una ciudad del norte de Colombia. Se trata de buscarlo en el lugar, de seguirle el paso luego en la capital desde autoridades y organismos nacionales e internacionales y no entender qué pasó, porqué, cómo. Hay sospechas sobre personajes implicados en la desaparición, hasta la resolución final. Se trata, igualmente, de volver sobre situaciones conocidas y hacer señalamientos sobre hechos reales que parecen ficciones truculentas, como descubrir algunos asesinatos escabrosos y trata de cadáveres sucedidos en una universidad del lugar. Esto significa que la ficción se funde con la realidad y que cualquier parecido entre una y otra no es coincidencia.

A lo anterior se agregan estaciones en la historia personal de Nazim, el personaje de la ficción; la salida de su país; la llegada al nuevo lugar; su ubicación y construcción de un mundo. La recreación del tránsito de El Cairo hacia Colombia no deja de ser sugestiva, pues está construida desde la nostalgia y la ensoñación: evocar es anhelar el paraíso perdido, la arcadia, el mundo feliz. Pero arribar a Colombia significa construir lazos afectivos y encontrar la manera de establecerse para recomenzar. Emigrar de Egipto hacia Colombia es buscar un futuro, adaptarse a una sociedad, establecer vínculos familiares y comerciales, construir ciudad.

Como en las novelas anteriores, la gran ironía estaría en la frustración, en el proyecto incompleto. En este caso, en la desaparición y muerte del personaje central en manos de una sociedad violenta y devastadora. La novela deriva de la emigración a la denuncia, mientras pone a flote formas de la identidad social y contrastes y similitudes en la identidad cultural.

El relato es como sigue: Nazim, próspero comerciante de Cartagena oriundo de Egipto ha desaparecido. Pasados unos días y ante lo sorprendente del hecho, su esposa Alida se comunica con El Cairo en búsqueda de la familia de Nazim para informar sobre lo ocurrido, mientras solicita ayuda a comités internacionales expertos en situaciones de desaparecidos políticos, denuncia ante las autoridades, informa a periodistas investigativos e intenta aclarar la situación. Pasan los meses y el misterio crece. ¿Qué pasó con el turco?, es la pregunta que se impone entre los personajes, el mundo construido y el lector.

Trama, prosa y tono atrapan al lector desde el comienzo. La voz narrativa conduce dosificadamente a la resolución de un enigma, llevando por situaciones que oscilan entre la miseria y la violencia en medio de condiciones cotidianas que alternan en El Cairo, Cartagena, Barranquilla o Bogotá. Temas como la inmigración, el secuestro, la extorsión, el asesinato,

el mercadeo de cadáveres, la investigación arqueológica, el periodismo judicial y los despachos de fiscales, se entrelazan en esta novela de inmigrantes y desaparecidos, en la que entra en juego el diario vivir en una sociedad de comerciantes. La miseria aquí no es sólo económica sino moral y recrea desde diversos ángulos la crisis del país y del mundo contemporáneo.

La voz que conduce el relato afirma, refiriéndose al laberinto de búsquedas incesantes y a la manera de Borges, que todos somos imaginados, que somos sueños que sueñan, comienzo y el fin son lo mismo, tal como el camino intermedio. El resultado final es delirante, pues presenta un alucinante recorrido por una realidad compleja donde de la mano de lo inmediato y lo inesperado muestra el horror en una sociedad sin salida.

En estas novelas analizadas, se deslizan diversas formas de expresión que permiten entender que al iniciar su diáspora el sujeto del exilio no sabe el destino que le deparan otras tierras. Tal vez su verdadero lugar encuentra su ser en la literatura y en la lengua diaspórica. Los escritores de estas obras, herederos o testigos dejan su testimonio o dan constancia, fecundan su resistencia y buscan, al menos desde la ficción, redimir a los individuos que han nacido o han estado expuestos a estas vivencias. Pareciera que el escritor en el exilio o el referido a éste se organizara “en su texto como lo hace en su propia casa” (Adorno 1987, p. 85).

Nota biográfica: Luz Mary Giraldo (Colombia). Doctora en Filosofía y Letras, especialización Literatura de la Universidad Javeriana, donde dirigió la Maestría en Literatura. Profesora en la Maestría en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional. Poeta, ensayista, antóloga y coordinadora de valoraciones múltiples. Entre libros de ensayo y antologías: *Narrativa colombiana: búsqueda de un nuevo canon 1975-1995* (2000); *Ciudades Escritas* (Premio Internacional de Ensayo Pensamiento Latinoamericano Convenio Andrés Bello 2004); *Más allá de Macondo. Tradiciones, transiciones y rupturas* (2006); *En otro lugar. Migraciones y desplazamientos* (2008); *Rodrigo Parra Sandoval. Para Informar a Julio Verne* (2016). *Ojos de par en par. Poetas hispánicas* (Coordinación con Martha Canfield, 2021); *Cuentos y relatos de la literatura colombiana* (Tres tomos, 2005-2020); *Ellas cantan. Poetas iberoamericanas* (2018); *Cuentan. Relatos de narradoras colombianas contemporáneas* (2010, Premio Internacional Lasa); *Cuentos canibales. Jóvenes cuentistas colombianos* (2002); *Cuentos de fin de siglo*. (1999); *Ellas cuentan. Relatos de escritoras colombianas de la Colonia a nuestros días* (1998); *Nuevo Cuento Colombiano* (1997).

Dirección de la autora: luzescribe@gmail.com

Bibliografía

- Adorno T.W. 1987, *Mínima moralía*, Trad. Joaquín Chamorro, Taurus, Madrid.
- Bashevis S.I. 2002, *Amor y exilio*, Ediciones B, Barcelona.
- Bauman Z. 2001, *La posmodernidad y sus descontentos*. Capítulo 2: “Construcción y deconstrucción de extraños”, Ediciones Akal S.A., Madrid.
- Bibliowicz A. 1991, *El rumor del astracán*, Planeta, Bogotá.
- Burgos Cantor R. 2007, *La Ceiba de la memoria*, Planeta, Bogotá.
- Cornejo Polar A. 1996, *Una heterogeneidad no dialéctica sujeto y discurso migrante en el Perú moderno*, en “Revista Iberoamericana”, vol LXII, n. 176-177, julio-diciembre, pp. 837-844.
- Correa J.D. 2001, *El regreso de Luis Fayad. Esa suerte de abrazarse en el naufragio*, en “El Tiempo”, Bogotá, domingo 14 de enero.
- Clifford J. 1999, *Itinerarios Transculturales*, Gedisa, Barcelona.
- Eidelberg N. 2000, “Tres escritores judeo-colombianos: Guberek, Brainski, Bibliowicz”, en M.M. Jaramillo *et al*, *Literatura y Cultura. Narrativa*, Colombiana Siglo XX, vol. II, Ministerio de Cultura, Bogotá.
- García Usta J. 1991, *El reino errante. Poemas de la migración y el mundo árabes*, Litografía Jonan Ltda, Cartagena.
- Giraldo L.M. 2008, *En otro lugar. Migraciones y desplazamientos en la narrativa colombiana contemporánea*, Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- Iriarte F. 2005, *Desaparecido para siempre*, Gustavo Ibáñez, Bogotá.
- Kalmanovitz S. 1988, *Economía y Nación, Breve historia de Colombia, Siglo XXI*, Bogotá.
- Kertész I. 2007, *La lengua exiliada. Artículos y discursos*, Taurus, Colombia.
- Romero J.L. 1976, *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, Siglo XXI, México.
- Said E.W. 2005, *Reflexiones sobre el exilio. Ensayos literarios y culturales*, trad. Ricardo García, Debate, Barcelona.
- Schwartz M. 2005, *El salmo de Kaplan*, Norma, Bogotá.
- Singer Bashevis I. 2002, *Amor y exilio*, Ediciones B, Barcelona.
- Vásquez J.G. 2005, *Los informantes*, Norma, Bogotá.
- Toledo F. 2006, *La cantata del mal*, Alfaguara, Bogotá.
- Zarone G. 1993, *Metafísica de la ciudad. Encanto utópico y desencanto metropolitano*, Pretextos – Universidad de Murcia, Murcia.